

## LOS ESTUDIANTES leen, escriben y opinan

En esta sección, los estudiantes que nos acompañan tanto desde sus tareas en la Cátedra como en las asignaturas a nuestro cargo, tendrán otro espacio de comunicación.

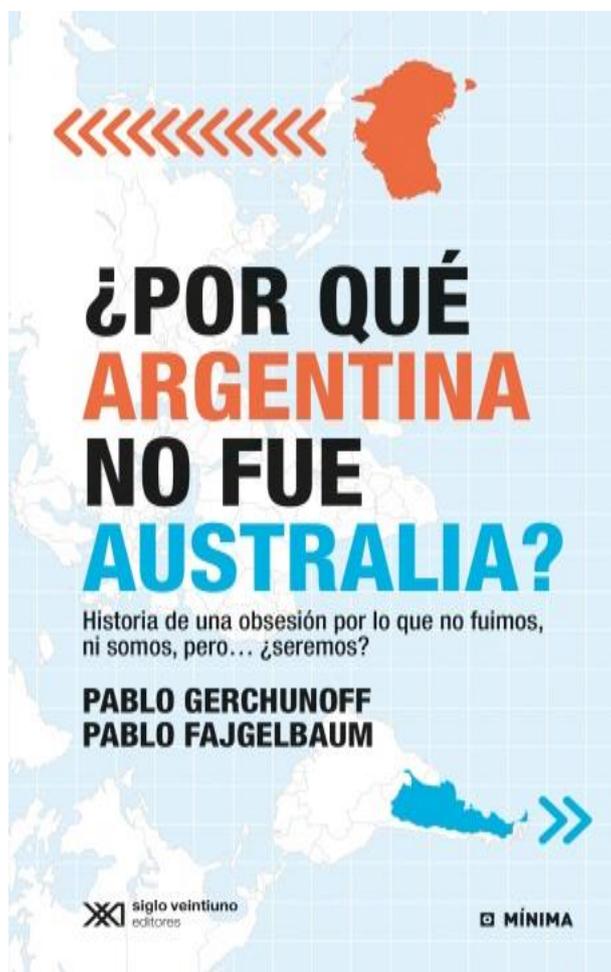
En este número presentamos la reseña del libro:

**¿Por qué Argentina no fue Australia?**

**Historia de una obsesión por lo que no fuimos, ni somos, pero... ¿seremos?**  
de Pablo Gerchunoff y Pablo Fajgelbaum

Hecha por: Gloria Molina Pico

Para la asignatura: Macroeconomía y Política Económica



Los autores comparan en el trabajo la evolución económica de la Argentina y Australia durante aproximadamente ciento cincuenta años, encontrando a partir de indicadores del tipo producto por habitante primero un período de convergencia argentina y luego una desalentadora divergencia. Si bien encontraron dos años candidatos para marcar la ruptura, optaron por considerar el año 1929 como el momento de corte y a partir de allí realizar una periodización para el análisis, para el cual se sirvieron de variables de geografía económica, geografía política, instituciones, desfases temporales y otros tipos de eventos.

## Introducción

El libro *¿Por qué Argentina no fue Australia? Historia de una obsesión por lo que no fuimos, ni somos, pero... ¿seremos?* fue escrito en el año 2006, y ampliado en la segunda edición en el año 2016. Sus autores son Pablo Gerchunoff, historiador económico e investigador de la Universidad Torcuato Di Tella, y Pablo Fajgelbaum, Dr. en Economía por la Universidad de Princeton, y actualmente profesor asistente en la Universidad de California.

Los autores buscaron discutir por qué la Argentina no igualó el desempeño económico de Australia cuando al menos hasta 1930 prometía hacerlo, y por qué a partir del año 2006, momento en que no promete nada, sorprendentemente podría hacerlo.

Ellos mismos cuestionaron fundamentos de la comparación, dado el abismo de los datos duros de la economía y los indicadores sociales además de las profundas diferencias culturales, y pudieron concluir que la comparación tenía sentido ahora porque la tuvo en el pasado, y si ahora pareciera no tener sentido, bien valdría la pena averiguar por qué.

Proponen repensar, a partir de las lecciones de la historia comparada, como construir una noción colectivamente compartida de normalidad distributiva.

## Síntesis del Libro

Comparando el producto por habitante de la Argentina como porcentaje del de Australia, entre los años 1884 y 2005, los autores pudieron establecer distintas fases para la comparación, siendo los años de 1884 a 1929 años de convergencia y de 1929 a 2002 años de divergencia.

Sobre ellas buscan hacer un análisis, comenzando por delimitar en ambos países el inicio del verdadero proceso de acumulación de riqueza, para lo cual describen que el territorio australiano fue descubierto en el siglo XVI, pasó a ser oficialmente propiedad de Inglaterra, quien consideró haber encontrado una solución para la desbordante población penitenciaria construyendo allí cuatro asentamientos, utilizando como mano de obra a los mismos presos que irían a ocuparlos. Aún en 1820 más del 65% de los habitantes de la inmensa isla eran niños y presos, y buena parte de la actividad económica pasaba por la destilación y el tráfico ilegales de bebidas alcohólicas. A partir de la de la

década del veinte Australia experimentó su primer boom pastoril, que se dio de la mano de inmigración de trabajadores de Gran Bretaña, del incremento de la población libre, la abundancia de pasturas y un clima benigno que favoreció la producción de lana fina acorde a las demandas de las industrias textiles británicas. Y luego el descubrimiento en 1851 de un yacimiento de oro en Nueva Gales del Sur provocó un aluvión inmigratorio y multiplicó el interés de los capitales británicos.

Refieren que en Argentina el entorno favorable al crecimiento llegó alrededor de medio siglo después del auge de la lana australiana, pues a contracara de lo que sucedió en Australia, hubo una incesante historia de conflictos armados, internos y externos, y recién en 1880 suele fecharse la consolidación de un orden institucional favorable al progreso, si bien con anterioridad a esa época se puede encontrar cierto dinamismo económico en la producción y exportación de cuero, tasajo y lana. Sostienen que Argentina tuvo una combinación afortunada pues el afianzamiento del Estado Nacional coincidió con una época de sofisticación de las relaciones económicas internacionales y de evolución de las técnicas de producción y transporte, e inauguró su propia historia de singular bonanza coincidiendo con la época en la cual los altos rendimientos de la producción aurífera australiana estaban ya decayendo, y fue la combinación de ambas circunstancias lo que permitió que se comparara a la Argentina con optimismo en relación a Australia.

Así los autores encontraron una simple explicación para la convergencia, pero no así para la divergencia, para lo cual se sirvieron de la economía para demostrar que la Argentina y Australia tienen rasgos comunes que habilitan comparación y permiten identificar los factores que bifurcaron los caminos.

Los autores hicieron uso del recurso sugerido por Ezequiel Gallo en un seminario del Instituto T. Di Tella en el año 1979 de introducir un tercer país ideal con características comunes a los dos países: Argentalia, país joven, región de colonización reciente, ubicada en el hemisferio sur y a gran distancia de los centros de poder; dispone desde su origen población escasa y tierra abundante, región productora de materias primas que supo establecer relación privilegiada con la potencia predominante, exportando los productos de la tie-

rra que esa potencia necesitaba facilitar su industrialización e importando insumos, bienes de capital y la mano de obra que requería su propio progreso; y desde la Gran Depresión sufrió en carne propia la decadencia del comercio de bienes primarios. La escasez de mano de obra le resulta un impedimento para afrontar un proceso de industrialización sostenido y diversificado.

Con un intercambio mundial que funciona, a Argentalia le conviene el libre comercio porque impulsa su crecimiento, pero a sus trabajadores les conviene el proteccionismo porque dadas las condiciones estructurales del país, la protección económica aumentará el empleo y los salarios reales, y mejorará la distribución del ingreso. Dado que el proteccionismo mejora el precio relativo de aquello que se importa (y considerando que Argentalia importa bienes relativamente intensivos en mano de obra), las medidas proteccionistas mejoran el ingreso relativo del trabajo. Hay una lógica específica que vincula la dotación originaria de factores a la política económica, así como hay una lógica que vincula esa política a la dinámica de crecimiento, que da origen a un conflicto distributivo con el cual aquello que prefieren las mayorías populares no siempre es lo que estimula el crecimiento, que será más agudo cuanto más distributivo sea el proteccionismo y más distributivo será el proteccionismo cuanto más trabajo intensivos sean los sectores industriales nacidos a su amparo, cuanto mayor sea la proporción del empleo total explicado por las actividades protegidas y cuanto mayor sea la participación de materias primas que se exportan en la canasta de consumo popular.

Con este proteccionismo distributivo instalado los autores sugieren el riesgo del stop and go: los sectores industriales protegidos demandan importaciones y no proveen exportaciones, de modo que su contribución a las exportaciones netas es baja y hasta puede ser negativa. Si las exportaciones de materias primas crecen débilmente, habrá desequilibrios recurrentes en el sector externo que los gobiernos intentarán corregir con devaluaciones nominales, pero por esta vía se reducirán los salarios reales que hayan emergido del proteccionismo distributivo. En tanto los sectores populares conserven capacidad de resistencia, ello redundará en volatilidad real e inflación crecientes, que solo se atemperarán si se reaniman las exportaciones de materias primas o los sectores industriales

pasan a hacer un aporte positivo a las exportaciones netas.

Anticipan los autores que de la fase de divergencia surge que Australia ha tenido un conflicto distributivo y un ciclo de stop and go mas atemperados que la Argentina, y que en Argentalia que el proteccionismo sea distributivo no implica que las políticas distributivas se originen necesariamente en el proteccionismo: si hay políticas distributivas que no emergen del proteccionismo, el proteccionismo será necesario para sostenerlas.

Luego los autores proceden a dar características de los orígenes de la expansión de cada país: En Australia el régimen de explotación libre del oro dio lugar al arribo de una gran masa de inmigrantes y trabajadores, quienes cuando el oro fácil se agota y pasa a ser necesaria una mayor inversión en herramientas y maquinarias pesadas ven que sus ingresos medios ya no dependen del número y rendimiento de las minas sino de la estructura de la industria extractiva y sus ganancias se transforman en salarios. La fiebre del oro dio impulso a una nueva expansión rural y a que al compás de la búsqueda de oro otros minerales se descubrieran otros minerales como cobre, plata, plomo, estaño y carbón. A mediados de la década de 1850 los movimientos trabajadores nacidos alrededor del fenómeno minero comienzan a presionar por alguna clase de protección, que fue transformada en proteccionismo industrial (derechos de importación se fijaron en 25%).

Y en la Argentina la incorporación de tierras fértiles junto con la recepción de capital británico y de inmigrantes europeos constituyeron el motor del crecimiento entre 1880 y 1914. Los primeros ensayos de proteccionismo estuvieron lejos de inspirarse en una cuestión social. Primero Avellaneda incrementó aranceles de importación sobre bienes con tasas más altas para aquellos cuya demanda inelástica le garantizara ingresos de Aduana y el consumo pudiera ser objetado desde una retórica moralizante: vino, licor, tabaco, armas, etc. Pero luego habiendo derrotado a Avellaneda por la joven guardia proteccionista encabezada por Carlos Pellegrini, quisieron que el proteccionismo fuera más allá de las motivaciones estrictamente fiscales, e incorporaron al abanico de productos protegidos por gravámenes extraordinarios los calzados, las confecciones, los muebles y más tarde el azúcar con el objetivo de ampliar la canasta de bienes de consumo fabricados fronteras adentro con materias

primas nacionales, sin afectar la incipiente dinámica exportadora. El costo fue la caída en los ingresos reales de sectores muy extendidos de la población.

Marcan los autores una enorme diferencia entre el proteccionismo social de Australia y el proteccionismo fiscal y productivo de la Argentina. Y también que en común tenían que las políticas proteccionistas tendrían consecuencias débiles sobre la estructura productiva. Ninguno de los dos países se convertiría en nación industrial, ya que ninguno contaba por ese entonces con los bienes primarios estrella de la Primera Revolución Industrial y el principal socio comercial de ambos, Inglaterra, ocupaba el primer lugar entre las potencias manufactureras y les imponía desde esa ubicación las reglas de intercambio comercial.

Encuentran que la crisis de 1890 fue el primer accidente histórico de magnitud que impactó casi simultáneamente en la Argentina y en Australia, aunque en la Argentina coincidió con la expansión de la frontera productiva y en Australia con su agotamiento, en donde bajo estas sombrías circunstancias fueron cobrando protagonismo las organizaciones laboristas, comenzando los movimientos laboristas de extracción gremial su tránsito hacia la esfera política, logrando un éxito inesperado y convirtiéndose en la principal maquinaria política de la nueva nación. Y sostienen aquí los autores que mientras los australianos se brindaron a sí mismos una batería de políticas e instituciones cuyo objetivo explícito era mejorar el nivel de vida de los trabajadores, en la Argentina fracasaron sistemáticamente los ensayos de reforma social originados en la cúpula conservadora. En el formalmente constituido Estado nacional australiano, las primeras leyes tuvieron un sesgo redistributivo y proteccionista: incorporaron legislación social que incorporó entre otras normas generales de seguridad e higiene, regulación del trabajo de mujeres y niños y la jornada de ocho horas, a la par de la *New Protection*, un salto proteccionista que beneficiaba a aquellas industrias que mejoraran en ingreso de sus trabajadores; mientras que en la Argentina hubo una demora palpable en la construcción de nuevas instituciones sociales y políticas posiblemente debido a que en nuestro país a principios del siglo XX no había fuerza política suficiente como para llevar adelante cambios en la política económica y social cuando el crecimiento se iba dando, y a la vez el régimen conser-

vador todavía no necesitaba validar su liderazgo en las urnas a través del ejercicio pleno del voto, en Australia la democracia parlamentaria sin partidos dominantes probablemente haya colaborado para que las preferencias colectivas pudieran reflejarse en la acción de consensos: las políticas distributivas se convertirían en rasgos permanentes del paisaje económico, y tanto trabajadores como el empresariado australiano se acostumbrarían a resolver sus conflictos bajo la tutela del estado.

Los autores hacen referencia a la Primera Guerra Mundial como un segundo accidente histórico de relevancia en el que ambos países padecieron con dureza el racionamiento comercial generado por el conflicto bélico, dadas las semejanzas en cuanto a la alta dependencia del comercio internacional, pero también por las diferencias, entre las que encuentran que el vínculo con Gran Bretaña y el aprovechamiento hasta el límite de su ya declinante minería le permitieron a Australia sobrellevar las dificultades con menos rigor. Australia participó de la contienda con 60.000 bajas, por lo que fue recompensado con tratados comerciales que le garantizaron una generosa cuota del mercado inglés para algunos productos, en particular carne vacuna y la lana; y gracias a los eslabonamientos de las actividades extractivas de metales y minerales, Australia ya se encontraba antes de la guerra desarrollando una incipiente industria pesada que mitigaba la vulnerabilidad del sistema, recibiendo los sectores metalúrgicos un doble impulso de la guerra al incrementar la demanda de armamentos y neutralizar en ese rubro la competencia de Alemania, donde además dejaron de refinarse muchos metales extraídos en tierras australianas. En esos años un abanico de industrias profundizó la diversificación productiva, alimentaron la demanda de empleo y presionaron al alza los salarios. Los autores encuentran la comparación sugerente: para 1913 el sector de metalurgia y maquinaria representaba el 24% del valor agregado por las manufacturas australianas contra sólo el 4% en la Argentina, y también remarcan que cada país se refugió en su historia reciente para definir las políticas futuras: Argentina no tenía por qué renegar de aquello que le había dado dulces frutos y en consecuencia los profundos cambios políticos que sucedieron la reforma electoral de 1912 vinieron acompañados de cambios apenas superficiales en la economía: la apuesta al comercio se mantenía firme;

en cambio Australia redobló su apuesta de coalición proteccionista-distribucionista: con la simple evocación amenazante del racionamiento comercial, los sectores productivos nacidos o crecidos durante la guerra lograban canalizar con eficacia sus demandas de protección hacia el aparato Estatal, y los australianos volvieron a otorgar un tratamiento sistemático e institucional a una cuestión sensible de la economía política.

Otro autor, Carlos Díaz Alejandro, en su libro *Ensayos sobre la historia económica argentina*, diría valdría la pena considerar que el período 1914-1929 constituyó una oportunidad desperdiciada por la política económica porque las autoridades no se dieron cuenta de que estaba llegando a su fin una era, a diferencia de lo que dicen los autores de que no quisieron renegar de la apuesta al comercio y por eso no se realizaron cambios en la economía.

En cuanto al ámbito social, los autores mencionan que los trabajadores de los dos países fueron castigados por la inflación y la contracción productiva durante la guerra, aunque los argentinos sufrieron más porque no existió el efecto atemperador del llamado a las armas. Argentina para ese entonces exportaba el alimento de las clases populares, que con el ajuste mundial deflacionario de 1920-1921 sufrieron un derrumbe en sus precios, con lo que los trabajadores se vieron beneficiados. Resultó así que el primer ensayo distributivo fue consecuencia de los avatares del mercado y no de una estrategia política.

A las puertas de la Gran Depresión los autores presentan una Argentina en la que una minoría impugnaba el desequilibrio de la estructura agroexportadora y una Australia en la que había quienes denunciaban las grietas del régimen proteccionista y distribucionista, que estaba dando lugar a poco crecimiento.

La crisis de 1930 da lugar a un período sin comercio mundial, por lo que los autores manifiestan que el conflicto distributivo que constituye el eje de su argumento permanecerá en estado de latencia, señalan el fin de la convergencia argentina encontrando que la geografía económica y la geografía política determinarán que el colapso tenga un impacto diferente en los dos países justo en el momento en que ambos más se parecen: para ese entonces el 96% de las exportaciones argentinas estaban constituidas por productos agropecuarios, y en Australia esa cifra trepaba al 86%. Los principales productos de exportación

argentinos eran trigo, maíz, lino y carne, y los australianos eran lana, carne y trigo. En cuanto al PBI, también encuentran una composición parecida: los sectores rurales daban cuenta del 25% en la Argentina y del 20% en Australia, los servicios algo más importantes en Australia (50% contra 45%), y las manufacturas representaban cerca del 17% en ambos casos.

El sector manufacturero argentino estaba constituido en un 55% por alimentos, bebidas, textiles y papel. La metalurgia y maquinaria aportaban solamente el 7%. En Australia alimentos, bebidas y textiles explicaban el 46% pero la producción de metalurgia y maquinaria sobrepasaba al igual que la de alimentos el 23%. Los autores recalcan que estos contrastes eran la consecuencia de las distintas dotaciones de recursos, del temprano proteccionismo australiano y del impulso de la guerra. Ambos países debido al derrumbe de la demanda internacional y la escalada proteccionista de Europa tuvieron que promover las manufacturas, estimular la expansión del mercado interno y obtener el mayor rédito posible de las golpeadas actividades exportadoras.

En esta instancia los autores, ante la evidencia de que las estructuras productivas eran parecidas y las políticas públicas parecidas, se cuestionan el porqué del comienzo del rezago argentino, y sostienen que hay varios análisis al respecto, mencionando como ejemplo a dos historiadores australianos que creyeron que el mejor desempeño australiano de la época obedece a la diversificación y a la sofisticación de la industria, al mayor tamaño de su sector servicios (indicador a su vez de una mayor riqueza) y a la existencia de una población educada y con altos ingresos capaz de explotar eficazmente los recursos y consolidar un mercado interesante para los inversores internacionales. Pero entonces los autores se preguntan: ¿por qué si Australia está mejor que cincuenta años antes hubo convergencia argentina?

Deciden luego justificar el comienzo del rezago argentino tomando como medida comparativa la participación en el comercio mundial: Durante los años treinta la participación australiana mejoró más o empeoró menos que la argentina para todos los productos relevantes. Hay un inicio de escalada en el coeficiente de exportaciones por habitante relativas de Australia con respecto a la Argentina, explicada por el aumento del principal bien exportable

australiano, la lana, gracias al crecimiento de la industria textil japonesa, y también porque hubo una caída en la demanda del principal bien argentino, el trigo. Australia sufrió menos en el mercado del trigo dado que se benefició con preferencias imperiales británicas, ocurriendo algo similar con la carne. Por otro lado, con la devaluación de la libra esterlina por el abandono británico del patrón oro aumentó el valor del oro y se retomaron las excavaciones en numerosas minas. (Para 1938 las exportaciones de oro y otros minerales treparon al 16% del valor exportado en Australia mientras que en Argentina el sector minero sobrepasaría el 1% del PBI recién a finales de los años cincuenta). Apareció en escena Japón, cuya importancia sería creciente en la historia de Australia, país que para esa época reafirmó su pertenencia al mundo británico, reduciendo importaciones textiles japonesas y vehículos norteamericanos, desatando una guerra comercial con el país asiático.

Es interesante en este punto traer diferentes posturas sobre el rezago argentino, como las que Juan Carlos Korol recopila en el artículo "El desarrollo argentino y la historia comparada", mencionando por ejemplo que Carlos Díaz Alejandro lo adjudica a que la Argentina nunca fue tan rica como Australia, basándose en estimaciones del Producto Neto Bruto, y también a las diferentes políticas de inmigración, más restrictivas en Australia, que tuvieron por resultado salarios más altos que afectaron el crecimiento y la distribución del ingreso; o también que Carlos Waisman en el libro *Reversal of Development in Argentina* responsabiliza a la estructura de la tenencia de la tierra, al modelo de industrialización y a la falta de minerales como hierro y carbón de ponerle el freno al desarrollo del país, a la vez que le atribuye el haberse convertido un país subdesarrollado luego de 1930 al resultado no deseado de las dos políticas más importantes implementadas por el gobierno peronista: el proteccionismo industrial y el corporativismo inclusivo del Estado; o que Jorge Sábato en su libro *La clase dominante en la Argentina moderna* relaciona directamente a la falta de inversiones a largo plazo y de lenta maduración, y que el principal factor explicativo de la declinación de la economía argentina es el modelo de desarrollo económico elegido por la clase dominante durante el período de expansión.

Después de 1930 los autores señalan que la Segunda Guerra Mundial representó

para ambos países una nueva clausura del comercio que alentaba la sustitución de importaciones, pero Australia, partícipe de la contienda debió reestructurar y expandir su economía. La nueva ola industrializadora que Australia experimentaría durante la posguerra le debería mucho a los requerimientos del campo de batalla.

Los autores explican que Australia entablaría para ese momento una alianza con los Estados Unidos, que se perpetuaría, que la convertiría en un socio político de Washington durante la guerra fría, y en un proveedor comercial de las naciones asiáticas, comenzando por Japón, durante la larga marcha del desarrollo regional: Australia estaba en el lugar adecuado durante una época crítica, mientras que la Argentina estaba en el Atlántico Sur, una geografía marginal para los intereses norteamericanos. Las exportaciones argentinas seguían teniendo como destino Gran Bretaña, quien buscaba mantenerla ajena a la guerra para continuar recibiendo alimentos sin que los submarinos alemanes se empeñaran en hundirlos.

En el período 1945-1975, en el que los países de Occidente vivieron la más impresionante experiencia de crecimiento e inclusión social que registró la historia. Argentina y Australia acompañaron el crecimiento con registros dignos. Ese periodo se distinguió en los dos países por una combinación de proteccionismo distributivo y stop and go: en la medida que la política exportadora resultara insuficiente para comprar los insumos y bienes de capital asociados a un determinado nivel de actividad, desde la perspectiva del gobierno parecía inevitable depreciar la moneda, lo que para países de este tipo tenía un efecto contractivo (aumentaban los precios de los bienes comerciables internacionalmente, entre los cuales se contaban los alimentos, pero caían los salarios reales que habían sido impulsados al alza por el proteccionismo distributivo). Australia permaneció anclada en el proteccionismo redistributivo inaugurado tiempo atrás sin innovaciones relevantes, mientras que en Argentina Perón profundizó conscientemente la protección después de la guerra para llevar a cabo uno de los más notables experimentos distributivos en el siglo de la distribución. Hizo en tres años lo que los australianos hicieron en cincuenta, y convirtió en revolución lo que en Australia había sido parte de su rutina institucional y política. Los términos de intercambio cayeron y la escasez de divisas

complicó la distribución del ingreso peronista.

Por otro lado los autores refieren que más allá de la frugal política económica modernizadora de los gobiernos liberales de Australia, el progreso que ese país viviría sería una combinación de circunstancias más vinculadas a la geografía económica y política que a la política económica: la expansión de la posguerra convirtió a Japón en un polo comercial muy atractivo que justificaba saldar todo desencuentro para firmar un tratado de complementariedad en virtud del cual Japón compraría año tras año la mayor parte de la oferta australiana de maíz y trigo. Nuevos descubrimientos de minerales en Australia (níquel, manganeso, carbón, petróleo, etc.) fueron encontrados en zonas apenas aptas para el pastoreo, lo que sumado a vecinos que se impulsaban hacia la industrialización necesitaban de estos recursos que este país podía ofrecerles. Así Australia pudo terminar con los estrangulamientos de la balanza de pagos: la complementariedad con las naciones asiáticas y el brindar materias primas que no eran alimentos hicieron que el conflicto entre crecimiento y distribución del ingreso prácticamente desapareciera.

En Argentina también hubo una importante recuperación económica en los años setenta, de la mano de los principales cultivos de la Pampa húmeda, la revolución mecánica y las mejoras biológicas y agrónomas, pero si bien hubo recuperación en las exportaciones, mitigar las recurrentes escaseces de divisas, iniciar el camino a la diversificación de exportaciones y atemperar en algún grado el conflicto distributivo no permitieron que el ese fenómeno adquiriera las dimensiones que tuvo en Australia.

Luego de los primeros años de la década de 1970 en ambos países aumenta el gasto público y los salarios, se aprecia la moneda, las políticas redistributivas no pueden sostenerse, pero tampoco hay condiciones para abandonarlas, se desemboca en crisis y aceleración inflacionaria que, y los gobiernos terminan desplazados del poder por métodos que nada tienen que ver con las rutinas institucionales: empieza el fin del proteccionismo distributivo. Los autores encuentran diferencias en la manera en que los actores encararon el asunto: en Australia idas y vueltas liberales entre laborismo culminaron en un laborismo desechó el camino de la confrontación y eligió el del consenso con obreros y sindi-

catos obreros. En cambio en Argentina el estallido inflacionario de 1975 representó una puja distributiva que ya no tenía mediaciones estatales ni políticas. Se puso en práctica apertura comercial y financiera al tiempo que se usa el tipo de cambio como ancla nominal para abatir un régimen de alta inflación, lo que representó un fracaso. La distancia que separaba por este entonces los dos países no se podía medir y cualquier comparación resultaría ridícula. El gobierno del presidente Menem a la misma receta de la dictadura militar: reformas económicas y plan de estabilización basado en un tipo de cambio fijo. El atraso cambiario fue un elemento crucial para explicar lo que vendría: las presiones deflacionarias, depresión, crisis financiera, desempleo en aumento y tras la inevitable devaluación la ruptura generalizada de contratos.

Los autores analizan que en este período la Argentina careció del boom exportador del que disfrutó Australia por factores de oferta y demanda-, también su economía, más pobre, se encontraba menos sesgada hacia la producción trabajo intensivos. También las clases populares se alimentan del principal producto de exportación, con lo que con la apertura comercial resultan perjudicados frente a estratos sociales de mayores ingresos que consumen mayor cantidad de bienes industrializados, que se abaratan: la apertura comercial es más impopular en Argentina que en Australia y el retraso cambiario puede ayudar a evitar costos políticos de la apertura.

Terminando el análisis los autores concluyen que el stop and go y el conflicto distributivo fueron más intensos en la Argentina. Desigualdad regional de ingresos y distribución inicial muy concentrada de la tierra pueden ser factores que habrían generado instituciones políticas menos democráticas. En Australia un cuerpo legislativo que alentó la exploración y la explotación y un sistema parlamentario facilitador de consensos fueron determinantes para el desarrollo de este país.

Sugieren que una nueva etapa de convergencia podría estar comenzando considerando el Asia emergente: lo más vigoroso del capitalismo mundial demanda materias primas que Argentina produce y que no es central en la canasta de consumo popular de los argentinos, de modo que un ingrediente del conflicto distributivo pierde fuerza. La demanda empuja al alza los productos que la Argentina vende pero además empuja a la baja los productos in-

dustriales que la Argentina compra. La canasta de exportaciones argentina se está volviendo más australiana: hay una reconversión de industrias como la siderurgia, aluminio o petroquímica. Y un fin del proteccionismo distributivo. La industria manufacturera otrora refugio de los sectores populares ha sido reemplazada por los servicios como principal proveedor de empleos, bajo nivel de salarios de los trabajadores no calificados a nivel mundial y productividad creciente define los salarios cada vez más altos de los trabajadores calificados. Consideran los autores que para 2006 el bosquejo de un nuevo patrón productivo con un conflicto atemperado podría estar naciendo pero permanecerá incompleto hasta que un nuevo entramado institucional canalice estas demandas.

En la versión 2016 los autores agregan un prólogo en el que evalúan las variables por las que el ilusionado pronóstico de nueva convergencia no se materializó. Aseguran que en un nuevo pronóstico tendrían en cuenta que las variables históricas no cambiaron, pero que esta vez deberían tener en cuenta la trampa de los ingresos medios ( la cual se da cuando alcanzado cierto nivel de desarrollo, con la emergencia de nuevas aspiraciones sociales y sobre todo de consumo modernos pero todavía en ausencia de habilidades y capacidades para incrementar la productividad, las mejoras de competitividad sólo se logran a costa de reducir los salarios reales, lo que empuja a una zona de mayor conflictividad, en cuyo contexto cae la tasa de inversión e innovación, lo que perpetúa el estado estacionario y opone una valla al progreso de la nación). Sostienen que para superar esa trampa en el caso argentino es necesario construir una noción colectivamente compartida de la normalidad distributiva, para lo cual sería más fértil hurgar nuevamente en la historia australiana para ver cómo se estableció su propio tratado de paz y ver también como otros países pudieron su-

perar la trampa de ingresos medios en tiempos recientes.

## Conclusión

Si bien el trabajo ha recibido críticas en cuanto a la calificación técnica de los autores , como puede ser la de José Natanson en Página 12 en el año 2006 o en relación al razonamiento que estructura el libro ( artículo en Razón y Revolución de Fernando Dachevsky) , resulta un libro aclarador en el que se puede evidenciar que muchas veces fue la geografía económica el factor que hizo la diferencia, y que la debilidad institucional de nuestro país fue un factor que puso obstáculos a un desarrollo más parejo para la sociedad en su conjunto.

Es un libro enriquecedor con fuentes variadas e internacionales que fundamentan el trabajo, incluso investigaciones previas sobre las cuales los autores hacen referencia en un copioso número de notas.

Si bien no indaga sobre la hipótesis que sostiene que una distribución inicial muy concentrada de la tierra habría generado en la Argentina instituciones políticas menos democráticas que en Australia, los autores mencionan que la premisa de esa perspectiva guarda cierta relación con su enfoque: se preguntan si a modo de especulación contra factual si el peronismo hubiera llevado a la práctica una política redistributiva fundada en precios relativos anti agrarios de haberse consolidado históricamente una clase media rural tan fuerte como la australiana.

Cumple el objetivo encontrar razones por las cuales la Argentina no igualó el desempeño económico de Australia cuando al menos hasta 1930 prometía hacerlo: entre ellas: desfase temporal, geografía económica, geografía política, sumado a factores institucionales como la desigualdad regional de ingresos de Argentina o el parlamentarismo australiano facilitador de consensos, todos determinantes de un conflicto distributivo más atemperado en Australia y más agudo en Argentina.

## Referencias Bibliográficas

- Por qué Argentina no fue Australia, Historia de una obsesión por lo que no fuimos, ni somos, pero... ¿seremos? de Pablo Gerchunoff y Pablo Fajgelbaum. Siglo XXI Editores Argentina .Buenos Aires, 20067 2016
- [www.pagina12.com.ar/diario/escrito/22-66930-2006-05-19.html](http://www.pagina12.com.ar/diario/escrito/22-66930-2006-05-19.html)
- <http://revistaryr.org.ar/index.php/RyR/article/view/160/158>
- Korol, J. C. (1992). El desarrollo Argentino y la historia comparada. Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana, n°5